

Un día mágico

Anna subió al barco. Se sintió un poco excitada. Era un barco pequeño, blanco, columpiándose encima del agua marinera entre sus mucho más grandes compañeros del puerto. "Parece una cáscara de nuez...", pensó "...podría ser una aventura especial."

Un chico bronceado con pelo rubio le ayudó a entrar en el barco. "Me llamo Pedro y soy el guía de nuestra excursión", dijo con una voz fuerte y simpática. Su nombre verdaderamente era Peter y venía de Alemania como muchos turistas en esta isla, pero no era turista. Vivía en La Gomera desde hacía tres años trabajando para una organización que se llamaba "Club de Mar".

Anna tuvo algunas informaciones sobre esta organización de uno de sus amigos, Mario, un suizo, que también estaba viviendo en esta isla trabajando como traductor de alemán y español. El "Club de Mar" se había comprometido a luchar por la protección de los animales del mar Atlántico en la región de las Islas Canarias y apoyar la conservación de su sistema ecológico. En colaboración con biólogos y otros especialistas - científicos, activistas - se ocupaba de la observación intensa de los delfines, las ballenas, las tortugas y unos pájaros raros delante de la costa de la Gomera. La organización tenía varios barcos, algunos de vela para viajes grandes, y estaba ofreciendo excursiones para aquellos turistas a los que no solamente les gustaban sacar fotos de delfines, sino conocer un poco más a la vida de estos animales preciosos y entender la importancia de protegerlos.

A Anna le pareció una cosa muy interesante e importante. Nunca en su vida había visto un delfín salvaje. Por eso se inscribió para participar en esta excursión. Como a Mario le ponía nervioso ir en barcos pequeños - no podía soportar el oleaje - , Anna se fue sola. Era la última semana de sus vacaciones.

El barco estaba listo para salir. El grupo se componía de siete personas incluido Pedro, el guía: dos parejas jóvenes de Alemania y de Inglaterra, una mujer española de Santa Cruz de Tenerife y Anna que había venido de Berlín. Como Pedro tenía buenos conocimientos de español e inglés, no era un problema

entenderse, podía cambiar entre los idiomas. Finalmente hizo arrancar el motor y el barco pequeño confiadamente salió del puerto hacia el amplio horizonte del mar.

"¡Qué curioso! Hoy es el seis de diciembre..." Anna reflexionó mirando al acantilado oscuro de la isla con su grande barranco de palmeras tocando el mar. Cuando lentamente se alejaron de la isla, ella pensaba en sus amigos en Berlín, el invierno en Alemania y en los niños celebrando el día de "Nikolaus" con botas llenas de chocolates. "¡Qué lujo estar aquí..." dijo a Pedro y a los demás con alegría "...es una maravilla!" El cielo infinito era de un azul muy claro, no tenía ninguna nube y el mar se movía tranquilamente, parecía muy brillante cuando estaba reflejando los rayos del sol. "Es verdad", Pedro le contestó. "¡Pero ten cuidado con tu piel y tu cabeza! El sol está muy fuerte por aquí." Aunque Anna no era del tipo del norte - tenía pelo moreno y ojos oscuros - sentía el calor intenso y por eso decidió coger su pañuelo de cabeza que estaba en la mochilla y ponerse mas crema solar sobre la nariz. Los demás del grupo llevaban sombreros y gorras de visera.

"No es seguro que vamos a encontrar algunos animales. La posibilidad es del sesenta por ciento. Durante una tormenta los delfines y las ballenas se retiran muy lejos de la costa al océano profundo. Pero quizás ya algunos han vuelto", explicó Pedro a su grupo. Anna recordaba muy bien la noche de la tormenta hacía tres días, el viento fortísimo, las olas enormes y el encuentro en casa de sus amigos cerca del mar bramando. Tenía miedo, se sintió muy débil entre las grandes fuerzas de la naturaleza. La electricidad había fallado y sus amigos la calmaron

contando historias a la luz de las velas... Por suerte a la mañana siguiente la tormenta había pasado.

Mientras que el barco estaba deslizándose apaciblemente sobre las olas, Pedro explicó muchas cosas interesantes sobre la vida de los delfines y las ballenas. Anna procuró entender el sistema de comunicación entre estos mamíferos. Le pareció muy especial y complejo, pero genial. "Están hablando e informándose con sonidos muy diferentes y con los movimientos de sus cuerpos. Sus tonos pueden ser muy altos y finos", dijo el guía y se dispuso a contestar las preguntas de sus pasajeros.

"¿Cuál es la diferencia entre delfines y ballenas?", "¿Qué tipos existen en esta región?", "¿Cómo es su apariencia, los cuerpos, los colores...?", "¿Qué comen?", "¿Has visto una vez una ballena grande o una tortuga?"...

Anna no sabía que en un aspecto biológico la familia de los delfines forma parte del orden de las ballenas y que existían tantas especies diferentes. Algunos solamente aparecen en estaciones determinadas del año y las ballenas grandes ahora son muy raras y normalmente se no acercan a las islas. Para buscar alimento, peces o calamares, se sirven de un sistema de ecolocalización. Producen ondas de sonido y escuchan el eco.

Pedro les informó también sobre los peligros para estos animales. Su enemigo más grande es el hombre. "Todavía en algunos países de Europa como en Islandia y Dinamarca se matan muchos delfines y ballenas cada año. Los cazadores jóvenes quieren mostrar su virtud, es una tradición terrible y triste", explicó. "Pero aquí también los animales tienen riesgos: después una maniobra de la marina el año pasado muchos delfines encallaron en la costa de Tenerife y murieron. Estaban perdidos en el océano por las ondas del sonar, que habían destruido sus oídos. Fue una tragedia, pero el gobierno no hace nada para protegerles y va a continuar con

estas maniobras en el futuro", dijo preocupado. "Es increíble...", le asintió Laura la española "...me indigna la gente que no le importa - tenemos que protestar."

A Anna le interesaba también la vida social de los delfines. Era psicóloga y había leído un artículo sobre un método de terapia con delfines. Pedro explicó que los delfines son seres muy sociales y familiares. Tienen mucha sensibilidad por sus especies cuando un animal está herido y también por otros, como niños o personas débiles o enfermas, les tratan con gran ternura. Pero le pareció un problema tener los delfines en cautividad.

El grupo estaba muy impresionado por el mundo misterioso de estos seres del mar, pero todavía no había visto ningún animal excepto algunas gaviotas circulando en el cielo. Estaba observando la superficie del mar en todas las direcciones y buscando algunas señales... La chica inglesa se sentía mal, tenía mareos y su novio le daba una botella de agua con una pastilla.

"¡Mirad, mirad!" Anna saltó de repente. "¡Veó algo allí!" En el horizonte del mar surgiéron algunas colinas bajas y oscuras. Pero no estaba segura, quizás era solamente un juego de las olas... Pedro giró el barco en esta dirección y dijo con una sonrisa grande: "¡Creo, que tenemos suerte!".

Mientras se acercaban a la aparición rara comprobaron que habían encontrado varios animales. Con curiosidad y tensión el grupo estaba mirando las siluetas lisas grandes y más pequeñas flotando en el mar. Eran de color gris oscuro. Pedro paró el motor y remó un poco más cerca. "Es una vaina de calderones, puedo reconocerlos por sus aletas dorsales y su color", dijo con una voz baja. "¿Que significa una vaina?" el chico alemán le preguntó. "En Alemán se dice 'Schule'. Es un grupo de hembras con sus crías. Van juntos, así tienen mas seguridad y protección. Su lider normalmente es un macho dominante en torno. Los calderones

comunes son un especie de los delfines. Parece que están durmiendo...", explicó. "...si callamos quizás podemos oír su respiración", añadió.

Anna estaba callando, escuchando como los demás y - ¡qué sorpresa! - verdaderamente pudo oír la respiración de los calderones que era larga, misteriosa, magnífica...

Respiraban en el mismo ritmo, con pausas de silencio. De vez en cuando salió una fuente de sus espiráculos.

Era un momento precioso y mágico.

Los calderones empezaron a moverse y sumergirse. Eran un grupo de unos 15 animales. Anna estaba observándoles con gran tensión y alegría. Algunas veces veía una hembra grande con su cría emergiendo del agua, con cabezas redondas y ojos despejados. "¡Qué seres raros y bonitos!" pensó excitada.

La pareja alemana y el chico inglés estaban muy ocupados fotografiando los animales en el momento de su emergencia. Súbito el barco columbró, el agua salió a chorro y un calderón de unos tres o cuatro metros apareció al otro lado, se había sumergido debajo el barco. Del susto Anna, como los demás, se agarró en el barco. "¡No tengaís miedo! Están curiosos, no hacen nada", dijo Pedro riendo. "Son

animales amistosos. Pero no quiero molestar a las crías, por eso me parece mejor salir ahora.”

El grupo de viajeros estaba volviendo y acercándose a la costa de la Gomera cuando - ¡qué buena suerte! - algunos delfines mulares aparecieron. Eran de color gris claro y mas pequeños y delgados que los calderones. Se movían con grande velocidad acompañando el barco.

Un delfín empezó una competición con el barco sumergiéndose y saltando, disfrutando su juego. Parecía que miraba con gran curiosidad a los seres en el barco... A Anna le encantaban sus movimientos mañosos y su cara sonriendo con la típica "nariz de botella". Era mucho más rápido que el barco, repitió su juego algunas veces y desapareció en el mar.

El barco llegó al puerto y Anna se despidió de sus compañeros del viaje. Se sentía muy cansada y muy feliz. ¡Fue una vivencia preciosa!

Un día antes de su salida a Berlin, Anna vió en una tienda un anillo y lo compró. Era un delfin de plata fajandose de su dedo.

Y cada año el seis de diciembre cuando hace frío en Alemania y los días son muy cortos, se acuerda del amplio horizonte del Océano Atlántico, de la respiración de los calderones y del delfín alegre y juguetón saludándola a ella con la sonrisa de su alma.